

mal, esa especie de araña oscura é incomprendible suspendida con sus asquerosas patas del sol. Y no pudiendo explicar cómo la bondad suprema producía el supremo mal, y cómo producía la mentira el principio divino de la verdad eterna, comenzó á desesperarse y á temer que no daría con salida ni solución alguna. Los asirios, los caldeos, los egipcios habían arreglado la solución y habían resuelto el problema de modo muy sencillo, identificando el mal con el bien en su panteísmo materialista. Pero no le quedaba este recurso á quien había colocado un Dios espiritual en lo más alto y sublime del universo. No podía identificar el bien con el mal. Y careciendo por completo de otra explicación más plausible para quitar á Dios, bueno y verdadero, toda la responsabilidad del mal, inventa las dos potencias iguales, alzadas frente á frente y reducidas por su oposición perdurable á contrastarse y perseguirse sin descanso ni tregua en una batalla eternal. De aquí provino el dualismo persa, ese dualismo que, llevando la oposición á los cielos, debía forjar imperios puramente bélicos y de combate aquí en la tierra. El principio del bien se llama Ormuzd, y se llama el principio del mal Ahriman.

Una religión, de suyo espiritualista, debía necesariamente atender mucho al cultivo y al desarrollo del humano espíritu, y más cuando se contiene y encierra en ese capullo que se llama la infancia. Después de recoger la luz y de dar al espíritu divino la forma de una llama que todo lo vivifica, encierrase con amor Zoroastro en la contemplación

del niño, á cuyo espíritu deben fiar todos los legisladores y todos los profetas la suerte de su legislación y de sus principios. En todos estos cultos del sol ofrécese á los dioses aquellos zumos que los rayos solares extraen á las plantas. Y como la religión de los vedas, el mazdeísmo de Zoroastro tenía también su Homa, su licor sagrado por los sacerdotes, extraído de plantas y hojas en todo hieráticas. Y Zoroastro aconseja con sapientísimo consejo el que sean los niños bañados en tal sacratísimo fortificante jugo. Y luego impone al padre deberes muy estrechos, así con respecto de la educación moral, como con respecto de la educación material dable á los hijos. Y no se cuida tan sólo del varón; se cuida también de la hembra. Con previsiones verdaderamente maternas pide que, tanto la dirección religiosa como la dirección física suya, concuerden con todo lo exigido por su sexo, recordando siempre como al corazón y á las entrañas de las mujeres ha confiado el cielo pródigo la duración ó perpetuidad del mundo. Así ordena que toda mujer se case á los dieciséis años y que todo matrimonio sea por amor.

El mazdeísmo fué uno en Persia y otro en Media. Los persas adoraron la pura doctrina de Zoroastro; los medas, mezclados de antiguo con los caldeos, añadieron al dogma la magia ninivita. Naturalmente los principios dualistas recibieron una modificación, y mientras en el mazdeísmo puro se detestaba y maldecía la fuerza perturbadora de Ahriman, en el mazdeísmo verdaderamente meda éste se confundía con los viejos principios del bien

como en las antiguas creencias panteistas. La parte moral de los medas parece mucho á la parte moral de los mazdeos puros. Y el niño y la mujer tienen allá en Media las mismas consideraciones que ya hemos visto en Persia. Pero quizás por estas consideraciones mismas, alcanzadas en el hogar, no aparecen nunca en el trono aquellas mujeres aparecidas en Babilonia y en Memphis. No hay ni una Semíramis, ni una Cleopatra de los persas. Mandana, la hija de Astiages, quizás aparezca entre las más célebres á muchos historiadores. Pero la crítica moderna conviene ya en que la mayor parte de los hechos atribuidos por Herodoto á la hija de Astiages deben tenerse por completamente falsos y sin apariencia ninguna de verdad histórica. Hora es de volver los ojos á Judea, puesto que ya hemos visto á los judíos, así en Babilonia como Nínive, y estudiar allí la historia de sus mujeres.

Como nuestro primordial objeto se reduce á historiar las condiciones varias del sexo hermoso en la vida universal humana, creémonos excusados por completo de investigaciones críticas respecto á las sociedades varias contempladas por nosotros bajo uno solo de sus múltiples y diversos aspectos. Así daremos de mano á las opiniones, hoy dilucidadas por todos los sabios, respecto de los dos manantiales entrados en la redacción del ilustre libro, sobre cuyas páginas descansa la gran cultura hebraica. No podemos entrar en las diferencias entre los dos nombres dados á Dios por la Biblia, Elohim y Jehovah. Lo restricto de la materia por nosotros historizada, impídenos dilucidar si aquel primer

nombre de Dios está en plural, y resulta, por tanto, un resto del antiguo politeísmo, y si este nombre de Jehovah debe con tales ó cuales raíces fijarse para corresponder á la escritura y pronunciación rabínicas. Lo admitido ya por todos los historiadores, aun aquellos más ortodoxos y eclesiásticos, es la conjunción dentro del Pentateuco de dos narraciones, de las cuales una se relaciona con el nombre de Dios Elohim y otra se relaciona con el nombre de Dios Jehovah. Tampoco los ortodoxos más fieles á la Iglesia y á sus dogmas repugnan la incontrovertible admisión de relaciones varias y estrechas entre la narración bíblica de los primeros tiempos y las relaciones análogas en los pueblos egipcios, asirios, ninivitas, medas y persas. Al llegar á este punto del tiempo, al abrir el magno libro de las revelaciones divinas, al caer de hinojos ante los desiertos donde la idea del Creador brota y se conserva, observamos con mayor claridad cómo la unidad perfecta del hombre llena la tierra y llena los cielos, todos sus espacios infinitos, la unidad absoluta de Dios.

En la Biblia, en el Egipto, al pie de los templos caldeos, sobre las aras erigidas para consagrar sacrificios al oráculo de Ammón, entre las ciudades mercantiles del Asia Menor, por cuyos fundamentos el Mediterráneo tiende sus luminosos cristales, existe una tradición común y una común creencia respecto á los orígenes del hombre, amasado con barro de la tierra humedecida y puesto en animación por el sopro divino bajado hasta su faz desde los labios del Eterno. El primer hombre de nuestro paraíso judío

se relaciona con el primer hombre de los edenes caldeos; y ora salga de la tierra como enseña nuestra Biblia, ora salga del tronco de los árboles como quiere la Biblia órfica, ya le anime la llama robada por Prometeo á los cielos, ya el soplo divino de Jehovah, ¡oh!, levadura común los compone á todos en este nuestro suelo, y una estrella espiritual resplandece sobre sus frentes como indicando, no sólo aquella unidad misteriosa de su común espíritu, sino también la unidad misteriosa de común religión y creencia. El que las aguas del Tigris y del Éufrates lleven á los golfos pérsicos; las aguas del Jordán lleven á sus lagos sacratísimos; las aguas del Nilo al vivaz Mediterráneo las mismas ideas, de cuyas estelas unos mismos pueblos surgen, debe fortalecernos en las dos creencias fundamentales, entre quienes gira la civilización, á saber: la fundamental unidad de Dios y la no menos fundamental unidad del hombre.

La creación del mundo en la Biblia está sujeta, según el contexto bíblico, á las tradiciones del Dios Elohim, mientras la creación del hombre y la mujer está sujeta, según el mismo contexto, á las tradiciones del Dios Jehovah. En el segundo capítulo de su Génesis Jehová nos muestra el mundo muy digno de habitación ya, desde que la tierra vegetal se alza en los campos y el riego fecundante baja de las nubes. Y al merecer la indispensable habitación de un espíritu superior, Dios le granjea el debido logro de tan grande merecimiento. Y, en efecto, del polvo amasado con agua se levanta el primer hombre, Adán, y una vez fabricado como esta-

tua preciosa, recibe de Dios en su faz el soplo que lo anima y que lo mueve. Un cielo que transparenta la inmaculada luz, un aire tibio sin procelas ni nubarrones, un edén á propósito para brotar flores sin espinas y frutos sin acerbidad, ofrecen al hombre santuario propio de su inocencia. Los ríos retrataron su figura, los cuadrúpedos lamieron sus plantas, las aves entonaron en sus oídos conciertos, la vida entera en sus senos se condensó como celeste lago en su copa de turquesas. Puso Dios á la criatura humana su nombre, y la criatura humana se lo puso también á las demás criaturas animadas é inanimadas. Y tras esto cayó profundo sueño sobre Adán. Y en tal sueño Dios extrajo de su costado Eva, su mujer. En efecto, cuando Adán la vió, llamóla hueso de sus huesos, carne de su carne, y le dijo que formarían entre los dos uno solo. Este origen del hombre y de la mujer se halla en todas las tradiciones asiáticas, con especialidad en las tradiciones de Zoroastro. Un Dios personal, distinto de la materia primaria, crea un hombre perfecto, el cual aparecerá como prototipo de su especie y llevará dentro de sí, en sí, la mujer ó la hembra que ha de completarlo.

En todas las mitologías antiguas, así en la persa como en la caldea, y así en la caldea como en la helénica, el hombre primitivo está conjuntamente con la mujer en una persona. Esta persona es Andrógina, hombre y mujer á un mismo tiempo. Beroso cuenta que los primitivos pobladores del planeta llevaban sobre su cuerpo uno dos cabezas. A la derecha, cabeza de hombre; á la izquierda, ca-



beza de mujer, y los sexos correspondientes. Platón, allá en su hermoso Diálogo del Banquete, nos refiere cómo en los orígenes del mundo había tres géneros de hombres, sobre los masculinos y los femeninos de hoy, unos terceros participantes de las dos naturalezas, los cuales han desaparecido, quedando tan sólo de ellos el nombre. Esta calidad, ahora injuria insufrible, caracterizaba entonces, en sentir del gran filósofo heleno, al hombre primero en su immaculada inocencia. Los cosmólogos fenicios califican de igual suerte las criaturas humanas recién nacidas en la recién creada tierra, y á las cuales llamaban contempladoras del cielo. La Biblia misma dice que Dios sacó, no de la costilla, como vulgarmente se cree, del costado de Adán á su mujer Eva. El sér monstruoso é inverosímil en quien los dos sexos vienen á juntarse por un capricho de la fantasía humana, representa, como los antiguos dioses en sus respectivas figuras, un simbolismo perfecto.

Así como los pechos puestos en ciertas diosas, pechos innumerables, desconocidos en la naturaleza material, significan y representan la fecundidad que hay en la creación, este prototipo extraño y repulsivo representa la imagen de un matrimonio, en el cual dos cuerpos deben formar uno solo, dos personas una personalidad, dos sexos una indisoluble armonía, como si los regara sangre igual, si los sostuviera el aire mismo, si los identificara ese amor, todo vida y todo luz á cuyo poder se somete por fuerza el universo entero, puesto que Dios ha confiado á su virtud la indispensable duración, y, aun debíamos decir, perpetuidad de las especies. Y

en verdad que las razas semíticas, cual esta raza hebrea, necesitaban mayor divinización del matrimonio que las razas arias. En estas últimas la monogamia parece cosa natural y propia de su íntima complexión, como hemos visto ya en las raíces de sus primeras palabras y en los rastros de sus primeras costumbres. Pero en los pueblos semitas no sucede lo mismo; en los pueblos semitas parece más propio de su complexión la poligamia. Por consecuencia, sus grandes legisladores, tanto en la parte moral como en la parte dogmática de sus libros, debían sostener con fuerza la monogamia, oponiéndola resueltamente á las propensiones naturales del pueblo.

Esto era tanto más necesario cuanto que á una tentación femenil atribuye todo el semitismo la desgracia del hombre y la siembra del mal sobre la tierra. Los egipcios creyeron en la bienaventuranza edénica personificada por su dios Ra; los arios ó indios atribuyeron la perfección al primer período genésico de las cosas creadas; los griegos, en sus poemas, llamaron á la edad primitiva edad verdaderamente de oro; el mazdeismo denominó también purísimo, immaculado, sin males ni sombras, el momento de nuestra natural aparición sobre la tierra. Tropezamos, caímos por las tentaciones de aquella Eva que nos comunicó, para comunicárnoslo todo, así la vida como la muerte. El Yima de los iraníes comete su pecado también y sale como el Adán nuestro de su Paraíso, mas no tentado por la mujer. Allí su falta provino de haberse imaginado, uno y otro, creadores del cielo,

merced á los halagos y seducciones de la serpiente; pero este astuto animal, representante de la degeneración y de la desgracia en todas las antiguas teogonías, no tienta sólo al hombre, tienta por igual á los dos, al hombre y á la mujer. Sugeríendoles el engaño y la mentira, los pierde y los arroja del edén de su inocencia. Lo mismo pasa en las leyendas escandinavas. Los primeros dioses habitan un edén bienaventurado, en que árboles llenos de manzanas sabrosas y bien olientes crecen, y estas manzanas se corrompen al hálito del mal que sacude y deja caer la manzana de la inmortalidad. En todos los bajos relieves caldeos hállase también este árbol de la vida y de la ciencia, pino unas veces, palmera otras, perfumada cepa en tal parte, arbusto misterioso de mieles dulcísimas, de gomas transparentes, de aromas embriagadores que la culebra infernal rodea y sitia para conseguir lo desflore y lo profane con sus atrevimientos y con sus desacatos el hombre. Así en las teogonías asiáticas el árbol de la ciencia del mal y del bien surge; y por su pie se arrastra, y se ciñe, y enrosca con su cuerpo al tronco la serpiente del mal. Pero en ninguna la mujer ejerce, como en la Biblia, el papel de tentadora al lado y en compañía de la serpiente. Así es que la cuestión terrible del pecado primero y original presenta la mujer entre los semitas de bien diverso modo que la hemos visto entre los arios, quienes la colocan de consuno en la primitiva y sublime Trinidad.

Para que se vea cómo la persistencia de una misma tradición llena la historia, el hecho de Caín

y Abel, esos dos hermanos en pugna, se repite por todas partes. Combaten los hermanos constructores del templo de Delfos; combaten Rómulo y Remo, los gemelos que fundaran á Roma; combaten los dioses Cabires nacidos de la misma madre allá en Samotracia; combaten por el Asia Menor los Coribantes; combaten por Babilonia los Agros y los Agrotos, abuelos de los cazadores unos, y otros de los agrícolas. Así no puede maravillarnos que también combatan en la Biblia Caín y Abel, los cuales nacen con diversas inclinaciones y ejercen oficios distintos. Pues lo mismo que pasa en este fratricidio universal, pasa en los diez primeros patriarcas, en aquellos que viven desde la creación hasta el diluvio, y que se parecen á los diez jefes antediluvianos de Beroso, y á los diez reyes primitivos de Asiria, y á los diez héroes de Armenia, y á los diez abuelos de la tradición iraniense, todos ellos relacionados con los signos del Zodíaco en los espacios y con la duración de las generaciones en el tiempo.

¿Y cuál fué la condición del sexo débil en esta época primera del patriarcado bíblico? Esto, y sólo esto, nos toca por necesidad á nosotros en el examen de tal época. Muchas gentes, de las que miran con superficialidad este gran cuadro de la historia, llegaron á creer dioses ó semidioses á los primeros patriarcas hebreos. Engañábanse completamente. Los semidioses, por el carácter de los pueblos arios, brotan y perduran lo mismo en los pueblos indios que en los pueblos helenos. Pero el monoteísmo semita sólo consiente un Dios creador de todas las cosas, padre de todos los hombres, pero á cuya su-

perior naturaleza no pueden acercarse, ni de lejos, las criaturas mortales. De consiguiente, los patriarcas aparecen como respetabilísimos, pero también como simples mortales, inclinados todos ellos sobre los orígenes del mundo y sobre la cuna de las humanas sociedades. Entre los patriarcas, ninguno tan característico y tan caracterizado como Lamech, quien representa el hombre primitivo en lucha con los elementos desencadenados y con los brutos feroces de la naturaleza. Viéndolo en la Biblia misma, de sangre manchado hasta las rodillas, envuelto en las pieles de los tigres por su flecha cazados, el hacha recién forjada en las manos velludas, la cabellera semejante á las guedejas del feroz león, los ojos despidiendo relámpagos de ira, evoca el hombre primitivo de la ciencia moderna, compañero del mastodonte y del oso gigante, saliendo airadísimo de su madriguera lacustre, y al centelleo de los volcanes, y al chasquido de los rayos, combatiendo con todas las fuerzas del universo conjuradas para destruirlo de raíz y enterrarlo en los titánicos escombros amontonados por aquellas continuas catástrofes.

Lamech indudablemente proviene de los cainistas, brotando impelido por una fuerza de atavismo incontrastable á los cruentos combates y conflictos que han caracterizado en el tiempo su familia y su raza. Como tales caracteres persisten de un modo inevitable, Lamech se diferencia de aquellos viejos patriarcas, en quienes hemos, por un tácito convenio, personificado la representación ideal y el prototipo de la familia bíblica. En este hombre de

combate resaltarán aquellas propensiones manifiestas en los hombres de combate que han peleado con los monstruos del Tigris, del Éufrates, del Nilo. Y entre tales propensiones encontrarése también una capital á la poligamia. Dos mujeres tendrá denominadas con dos nombres opuestos. Llamarse la una con la denominación de Adah, belleza, y llamarse la otra con la denominación de Zilah, oscuridad. Creyéronlas durante mucho tiempo varios insignes comentadores de la Biblia sendas personificaciones de la luz y de las tinieblas. Pero no; en los libros semitas no encontraréis nada que pueda parecerse al carácter mítico de los libros helenos. Lamech y sus mujeres no resultan personificaciones mitológicas, sino personas reales, humanas, históricas, dotadas por igual de caracteres comunes á todos los mortales, y en las que debemos reducirnos á mirar los rasgos históricos de aquel pueblo.

La Biblia indica, no sin cierto dejo de amargura, que Lamech tuvo dos mujeres, mientras sus abuelos tuvieron sólo una. El primer ejemplo de poligamia está, pues, unido á la raza maldita de Caín y colocado por la Biblia y sus inspiradores á la víspera del diluvio, es decir, al momento siniestro en que toda carne se había corrompido y viciado sobre la tierra. Esta historia de Lamech y sus dos mujeres denominadas con denominaciones opuestas, representa muy bien la indirecta negación de una poligamia indudable, hacia la cual tenían propensiones verdaderamente invencibles los viejos pueblos semitas. Bien se necesitaba en aquel pueblo y en

aquellos días la condenación de un régimen familiar muy acreditado entre los pueblos asiáticos. La ley judía no prohibió del modo expreso y terminante que lo ha prohibido la ley cristiana el enlace de un hombre con más de una mujer. Cuando salió Israel, por desgracia, bajo Saúl, de su república y pasó á la monarquía, el rey tuvo interés en mezclar la vida israelita con la vida toda del Asia, mientras los profetas y demás personajes sacros del Viejo Testamento, en su totalidad, tuvieron un interés contrario, separar Israel de Asia, encerrándolo en sus viejas tradiciones sagradas. Por eso el rey propendió siempre á sostener la poligamia como la sostuvieran los reyes antiguos asiáticos, y á colocar en el palacio un harén muy semejante á los harenes de Nínive y de Babilonia. El profeta, encargado por su propio ministerio de la pureza religiosa, combatió siempre tal tendencia del rey,

Al tratar de la poligamia entre los judíos, salta más que nunca la doble redacción de los libros bíblicos á los ojos, la redacción de Elohim y la redacción de Jehovah. Elohim es el Dios primitivo, cercano á la residencia de los judíos en Caldea y á su cautividad en Egipto. Jehovah es el Dios que surge de una organización fuerte dada por los jueces á Israel tras el establecimiento definitivo en la tierra prometida por Dios. Estas dos tradiciones paralelas en el tiempo no se parecen á las paralelas matemáticas en el espacio. A cada instante suelen ya confundirse, ya bifurcarse. Y en este punto de las relaciones entre los dos sexos resultan por igual vagas una y otra redacción. Mientras en el capítulo se-

gundo del *Génesis*, verso vigésimocuarto, se dice que Adán sólo tuvo una mujer, en el capítulo cuarto, verso décimonono, se dice que Lamech tuvo dos. Jacob, el patriarca Jacob, de tan gran respeto en las tradiciones bíblicas, tiene cuatro esposas legítimas, á quienes llama como las había llamado antes el código de Manú y como las llamó después el Corán de Mahoma. Y más clara se observa todavía la pluralidad abominable de mujeres en el gran libro de las leyes, en el llamado Deuteronomio. Su capítulo vigésimoprime, versículos décimoquinto, décimosexto, décimoséptimo, dispone lo que deberá un hombre hacer cuando tenga dos hijos, el uno proveniente de mujer amada y el otro proveniente de mujer aborrecida, pues las leyes le prohíben quitar ó dar de un modo arbitrario el derecho de primogenitura sólo dispensado por el ministro de Dios que se llama tiempo. Pero en este mismo Deuteronomio, al capítulo vigésimo, verso séptimo, abomina y maldice de quien se ha prometido á una mujer y al fin con ella no se ha casado. Y en el capítulo vigésimocuarto, verso quinto, se redime y exenta por un año del servicio militar al recién casado en obsequio de su mujer, y este nombre de mujer se halla en singular. Análogas disposiciones contienen los versos quinto y undécimo del capítulo vigésimoquinto, suponiendo todas ellas de un modo terminante y clarísimo el matrimonio con una sola mujer. Todo esto nos autoriza para corroborar lo que antes hemos dicho respecto del principio de la pluralidad de mujeres en los pueblos semitas. Sus hábitos, sus tradiciones, la complexión propia de su raza lo impo-